

vecino del pueblo, comerciante y fuerte hacendado. Confiado en la fragilidad de la señora a raíz de su reciente viudez y creído de su propia capacidad de engatusar a la supuestamente incauta dama, se vio a su vez envuelto en una serie de contraofertas y argumentaciones emocionales que transformaron al cazador en presa. Descaradamente la viuda elevó el precio de los bienes y de las haciendas, mientras que sus sutiles y agudísimas observaciones hicieron que la compra por parte del promitente comprador se transformara de un buen negocio a una cuestión de angustiante necesidad. No en vano la viuda había pasado doce años de mostrador, siendo escucha y confidente de la gente del pueblo. Cada uno de los nombres de candidatos a comprar el almacén de ramos generales que dejaba caer en la conversación con la contraparte y de sus supuestas ofertas, justificaban el aumento del precio que pedía. Lo mismo pasó con los de los vecinos linderos del campo, con los que figuraban en la lista de deudores y con las posibles mayorías que se armarían con las acciones de Don Ahmed en la sociedad agropecuaria. La vendedora defendió inteligentemente el interés propio y de sus hijos. Mi actuación como escribano de su confianza me impidió entonces realizar estos y otros comentarios públicos que hoy retirado no me encuentro impedido de hacer. Si argumentos éticos de confidencialidad me lo impidieran aun hoy, al menos puedo plasmarlos en este documento que solamente servirá para tranquilizar mi conciencia. La venta se formalizó en las condiciones y precio establecidos por Doña Luisa. Con un buen capital en metálico la viuda y sus hijos fueron a residir a Montevideo donde ella tenía su familia. Allí se había conocido con Don Ahmed en una oportunidad en que aquel bajó a la capital a formalizar uno de sus negocios. Después de un cortísimo noviazgo se habían casado y pasado a residir en Solís de Mataojo desde donde ella no había vuelto